

Cuarto domingo de Cuaresma A2023

Amigos, estamos acostumbrados a juzgar a las personas y las situaciones. La mayoría del tiempo lo hacemos al referirnos a lo que las cosas nos parecen y según nuestros sentimientos e ideas.

De esta manera nuestro juicio depende de las circunstancias externas y las apariencias. Como hay muchas cosas que no sabemos sobre la gente y la motivación que la empuja a actuar de una forma u otra, nuestro juicio es parcial. Sólo Dios es aquel cuyo juicio es imparcial porque ve lo que está escondido en el corazón humano.

El profeta Samuel, siguiendo su juicio humano, pensó que fue entre los hijos mayores de Jesé que Dios escogió al rey para la casa de Israel. Quedó impresionado por el vigor y la apariencia de los siete hijos mayores de Jesé. Sorprendentemente se dio cuenta de que Dios no puso su corazón en ninguno de ellos. Jesé también esperaba ver a uno de sus hijos mayores convertirse en rey. Pero se asombró al darse cuenta de que era el más joven, que era menos que un niño, el favorito de Dios.

La elección de David, en lugar de sus hermanos mayores que eran más fuertes y capaces que él, según nuestros estándares humanos, nos muestra que es en los humildes, los débiles, los frágiles y los modestos en que Dios está interesado. Por tanto, donde hay debilidad, fragilidad y pobreza, Dios puede mostrar su fuerza y su poder.

Esta elección confirma lo que ya sabemos por experiencia de que nosotros, los seres humanos, muy a menudo erramos y emitimos juicios fáciles sobre la gente y situaciones que no conocemos bien o entendemos completamente. La elección de David nos enseña también que los caminos de Dios no son caminos humanos; sus juicios no son juicios humanos. Como seres humanos vemos las apariencias, pero Dios mira el corazón. Nos impresionan los héroes del mundo, como atletas, estrellas de cine y políticos. Sin embargo, el día que descubrimos que ellos también son humanos como nosotros y capaces de todas las locuras del mundo, nos decepcionamos.

El juicio fácil aparece también en el caso del ciego de nacimiento en evangelio de hoy. Los discípulos le preguntan a Jesús sobre la responsabilidad de haber nacido ciego. ¿Quién ha pecado para que este hombre nazca ciego, sus padres o él mismo? Esta pregunta de los discípulos expresa una creencia popular y una concepción defendida aún hoy por algunas personas que sostienen que la enfermedad y la desgracia son consecuencia del pecado.

En su respuesta, Jesús opone a esta creencia popular la realidad del misterio de Dios que trasciende la imaginación humana. De hecho, hay un misterio que rodea la vida de cada uno de nosotros con sus altibajos, que no podemos comprender. En el despliegue de este misterio, Dios tiene su tiempo para intervenir y poner fin a nuestra desgracia y sufrimiento, como le hizo con el ciego de nacimiento.

En esta perspectiva, cada circunstancia de nuestra vida se convierte en una oportunidad para que Dios haga resplandecer su gloria. Lo que importa no es la causa de nuestra enfermedad o desgracia, sino lo que Dios puede hacer para mostrar su gloria sobre nosotros. Incluso si sucede que no somos sanados físicamente, Dios puede concedernos una sanación espiritual para que podamos hacer frente a nuestra enfermedad viviendo en paz. Esto ha sido cierto en la vida de muchas personas que han experimentado la gracia de Dios en lo peor de su estado de salud.

Si cada circunstancia de la vida es una oportunidad para mostrar la gloria de Dios, entonces, al ayudar a los que están en necesidad y sufrimiento, como cristianos, les demostramos la gloria de Dios. Este es uno de los llamados de la Cuaresma: que aprovechemos este maravilloso tiempo de oración y ayuno para hacer el bien a los demás a través de la limosna. Este es el momento apropiado para hacerlo y no mañana. Aprovechamos la luz del día, trabajamos para nuestros semejantes y descansamos por la noche.

Después de que Jesús rechazó la conexión entre el pecado y la enfermedad, entonces podría sanar al ciego. En el proceso de esta curación, Jesús mezcla su saliva con el lodo y lo pone en los ojos del ciego con la recomendación de ir a lavarse la cara. Tenemos aquí una alusión al sacramento del bautismo con su uso del agua y la unción con el óleo santo.

La curación del ciego nos recuerda que Dios nos cura a través de los sacramentos que recibimos en la Iglesia. Cada sacramento es una manifestación de la gracia de Dios a través de la cual nos muestra su misericordia para sanarnos espiritualmente.

El problema siempre es saber si realmente reconocemos el poder sanador de Jesús y lo aceptamos. Dos categorías de personas en el Evangelio de hoy no lo hicieron, es decir, los fariseos y los padres del hombre sanado. Los fariseos no creían al principio que el hombre nació ciego. Cuando no pudieron resistir la certeza de que Jesús lo sanó, consideraron a Jesús como un falso profeta porque realizó el milagro el sábado. Y sin embargo, lo que Jesús hizo fue una obra maravillosa que dio gloria a Dios.

Así, los fariseos permanecieron en su oscuridad y ceguera a pesar de que tenían ojos para ver. Además, como no pudieron destruir el argumento del hombre sanado, se volvieron amargos e insultantes.

Este episodio nos enseña que podemos tener diferencias con la gente. Pero cuando se convierte en insulto, deja de ser un argumento; se convierte en un concurso de amargura. En este caso, lo que prueba es que nuestro caso es débil y somos gente débil.

Al igual que los fariseos, los padres del ciego tenían miedo de reconocer públicamente que la curación de su hijo venía de Jesús. Aquí vemos cómo el miedo puede ser paralizante incluso en presencia de la verdad. Por eso la Cuaresma es una invitación a ser valientes, un llamamiento a levantarnos y decir la verdad de Jesús.

Muy diferente es la actitud del hombre curado que reconoció a Jesús como su salvador y Señor. También es bastante sorprendente que Jesús apareció solo al principio de la historia y al final. Lo hace para dejar crecer la fe del ciego entre las dificultades de la vida.

Lo que Jesús quiere es que nosotros también crezcamos en nuestra fe y demos testimonio de él en medio de los conflictos y las dificultades de la vida. El resultado de este proceso fue que al principio, solo uno era ciego; al final, muchos quedaron ciegos y solo uno pudo ver que Jesús era un profeta y Señor. ¡Que Dios los bendiga a todos!

1 Samuel 16: 1b, 6-7, 10-13a; Efesios 5: 8-14; Juan 9: 1-41



Fecha de la Homilía: el 19 de Marzo, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230319homilia.pdf